

NoViolet Bulawayo

NECESITAMOS  
NOMBRES NUEVOS

Traducción del inglés de  
Sonia Tapia



Título original: *We Need New Names*

Ilustración de la cubierta: C215

Copyright © *NoViolet Bulawayo*, 2013

Copyright de la edición en castellano © *Ediciones Salamandra*, 2018

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-837-4

Depósito legal: B-706-2018

1ª edición, febrero de 2018

*Printed in Spain*

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1  
Capellades, Barcelona

*Para Za*



## Asalto a Budapest

Vamos de camino a Budapest: Bastardo, Chipó, Sabediós, Sbho, Stina y yo. Y nos vamos a pesar de que tenemos prohibido cruzar la carretera de Mzilikazi, a pesar de que Bastardo tendría que estar cuidando de Fracción, su hermana pequeña, y a pesar de que mi madre me mataría si se enterase. Nos vamos y ya está. Porque en Budapest hay guayabas que robar, y ahora mismo estoy que me muero por unas guayabas. Esta mañana no hemos comido nada, y me siento como si alguien me hubiese vaciado el estómago a paladas.

Salir de Paraíso no es tan difícil, ya que nuestras madres están ocupadas charlando y peinándose, que es lo único que hacen en todo el día. Nos echan una ojeada cuando pasamos en fila por las chabolas, y luego apartan la mirada. Tampoco tenemos que preocuparnos por los hombres que están sentados debajo del jacarandá, porque nunca levantan la vista del tablero de damas. Los únicos que de verdad nos ven son los niños pequeños, que intentan seguirnos hasta que Bastardo le arrea un puñetazo en el cabezón al niño desnudo que va delante, y entonces todos ellos retroceden.

Cuando llegamos a los matorrales prácticamente vamos corriendo y cantamos a gritos como si nuestras voces fueran ruedas que nos permitieran ir más deprisa. Sbho pregunta:

«¿Quién descubrió el camino a India?» Y todos coreamos: «¡Vasco de Gama! ¡Vasco de Gama! ¡Vasco de Gama!» Bastardo va delante porque hoy ha ganado al juego de los países y se cree que es nuestro presidente o algo así, y luego voy yo, y luego Sabediós, Stina y Sbho, y la última es Chipó, que antes corría más rápido que nadie en Paraíso, pero ya no porque alguien la ha dejado preñada.

Después de cruzar la carretera de Mzilikazi, atajamos por el monte, y luego corremos por Hope Street antes de atravesar el gran estadio, con esas relucientes gradas en las que nunca nos sentaremos, y por fin llegamos a Budapest. Aunque debemos pararnos un rato para que Chipó se siente, por su barriga. A veces, cuando le duele, tiene que descansar.

Pero ¿cuándo va a tener al niño?, pregunta Bastardo. A Bastardo no le gusta nada tener que dejar de hacer ciertas cosas por culpa de la barriga de Chipó. Incluso intentó convencernos de que dejásemos de jugar con ella.

Ya lo tendrá algún día, contesto yo por Chipó, porque Chipó ya no habla. No es que sea muda de nacimiento, es sólo que, cuando se le empezó a notar la barriga, dejó de hablar. Aun así, sigue jugando con nosotros y hace todo lo demás, y si de verdad de verdad necesita decir algo, utiliza las manos.

¿Algún día, qué día? ¿El jueves? ¿Mañana? ¿La semana que viene?

Pero ¿no ves que todavía tiene la barriga muy pequeña? El niño ha de crecer.

Los niños crecen fuera de la barriga, no dentro. Justamente para eso nacen, para crecer y hacerse mayores.

Bueno, pues todavía no le toca. Por eso sigue ahí, en la barriga.

¿Es niño o niña?

Es niño. Se supone que el primero tiene que ser un niño.

Pues tú eres una niña, listilla, y fuiste la primera.

He dicho «se supone», ¿no?

Bah, cierra esa boca de kaka, si ni siquiera es tu barriga.

Pues yo creo que es una niña. Siempre le pongo las manos en la barriga a Chipó y nunca he notado una patada, ni una.

Sí, los niños dan patadas, puñetazos y cabezazos. Es para lo único que sirven.

Pero ¿ella quiere que sea niño?

No. Sí. A lo mejor. No lo sé.

¿Y exactamente por dónde sale un niño?

Por el mismo sitio por el que entra en la barriga.

¿Y exactamente cómo entra en la barriga?

Primero tiene que meterlo ahí la madre de Jesús.

No, no es la madre de Jesús. El que lo mete ahí es un hombre, me lo ha dicho mi prima Musa. Bueno, en realidad se lo estaba contando a Enia, pero como yo estaba por allí, pues me enteré.

Entonces ¿quién se lo puso dentro?

¿Cómo vamos a saberlo si no nos lo dice?

¿Quién te lo puso ahí dentro, Chipó? Dínoslo, no se lo vamos a contar a nadie.

Chipó mira al cielo. Hay una lágrima en su único ojo, pero es una lágrima muy pequeña.

Entonces, si se lo puso ahí un hombre, ¿por qué no se lo saca?

Porque son las mujeres las que paren, zoquete. Por eso tienen tetas, para dar de mamar al bebé y todo eso.

Pero las tetas de Chipó son pequeñas... Son como piedrecitas.

Da igual. Ya crecerán cuando llegue el niño. Venga, vamos. ¿Podemos irnos ya, Chipó?, le pregunto. Chipó no contesta, sino que echa a correr, y los demás corremos tras ella. Cuando llegamos al centro de Budapest, nos paramos. Esto no es como Paraíso, esto es como estar en un país totalmente distinto. Un país bonito donde vive la gente que no es como nosotros. Claro que tampoco se ve nada que sugiera que aquí vive gente de verdad. Incluso el aire está vacío: no huele a comida rica, no hay olores, no hay ruidos. No hay nada.

Budapest es grande; casas grandes con antenas parabólicas en los tejados y bonitos jardines de gravilla o con el césped muy bien cuidado, con verjas altas y paneles de Durawall, y con flores y árboles enormes cargados de fruta que nos está esperando, y es que por lo visto aquí nadie sabe qué hacer con ella. La fruta es lo que nos da valor. Si no fuera por la fruta no nos habríamos atrevido a ir. Y es que uno casi espera que en cualquier momento estas calles tan limpias cobren vida y nos digan que nos vayamos por donde hemos venido.

Al principio le robábamos la fruta al tío de Stina, que ahora vive en Inglaterra. Aunque a eso no se le puede llamar robar, porque el árbol era del tío de Stina y no de un desconocido. No es lo mismo. Pero cuando nos acabamos todas las guayabas de su árbol, tuvimos que ir a otras casas. Hemos robado en tantas que ya he perdido la cuenta. Fue Bastardo quien propuso que eligiéramos una calle cada vez: nos quedaríamos en ella hasta que hubiéramos pasado por todas las casas, y luego nos iríamos a la siguiente calle. Lo hacemos así para no equivocarnos y saber dónde hemos estado y adónde vamos. Es una especie de método, y Bastardo dice que de esta manera seremos mejores ladrones.

Hoy vamos a empezar una calle nueva, así que estamos explorándola con mucho cuidado. Pasamos por Chimurenga Street, de donde ya robamos hasta la última guayaba hace unas dos o tres semanas, cuando de pronto se abren unas cortinas blancas y aparece una cara en la ventana de una casa de color crema que tiene una estatua de mármol de un niño con alas desnudo y haciendo pis. Nos quedamos quietos, esperando a ver qué hace la cara, y de repente se abre la ventana y una vocecita muy graciosa nos grita que nos paremos. Nos quedamos ahí, sin movernos, no porque la voz nos lo haya dicho, sino más bien porque ninguno de nosotros ha echado a correr, y porque la voz tampoco parece peligrosa. Desde la calle, se oye la música que suena dentro de la casa;



no es *kwaito*, no es música de baile, no es música house, no es nada que conozcamos.

Una mujer alta y flaca abre la puerta y sale de la casa. Lo primero que vemos es que está comiéndose algo. Nos saluda con la mano mientras se acerca. Es tan poca cosa que está claro que no vamos a tener que salir corriendo. Nos quedamos esperando, para saber por qué o a qué está sonriendo. La mujer se detiene junto a la verja; está cerrada y no ha cogido la llave.

Por Dios, no soporto este calor horroroso ni esta tierra tan dura; ¿cómo lo aguantáis vosotros?, pregunta con su voz inofensiva. Sonríe y le pega un mordisco a lo que lleva en la mano. Una cámara de color rosa le cuelga del cuello. Todos miramos los pies de la mujer, que asoman por debajo de su falda larga. Son unos pies limpios y bonitos, como los de un bebé, y la mujer está moviendo los dedos, que tienen las uñas pintadas de rojo. No recuerdo que mis pies hayan estado nunca tan limpios y bonitos. Quizá cuando nací.

Y luego está la boca roja, esa boca que sigue masticando. Por la manera en la que se le tensa el cuello y por cómo se relame, se nota que se está comiendo algo delicioso. Me fijo bien en su mano larga, en lo que quiera que se esté comiendo. Es plano y crujiente por fuera, está cubierto de crema o algo así, y parece esponjoso y blando por dentro y está relleno de unas cosas con forma de moneda de un color rosa intenso, como el de las quemaduras. Veo también unas pepitas de colores, rojas, verdes y amarillas, y por último unos bultos de color marrón que parecen granos.

Chipó lo señala y se pone a hacer unos gestos en el aire que significan: «¿Qué es eso?» Luego se frota la barriga con la otra mano. Desde que está preñada, Chipó se pasa el día tocándose la barriga como si fuera un juguete. La tiene del tamaño de una pelota de fútbol no demasiado grande. Los demás seguimos mirando la boca de la mujer, esperando a ver qué nos dice.

Ah, ¿esto? Es una cámara, explica, algo que ya sabíamos todos; incluso las piedras saben que una cámara es una cámara. La mujer se limpia la mano en la falda, da unos golpecitos a la cámara y luego lanza al cubo de la basura que hay junto a la puerta lo que queda de la cosa que se estaba comiendo, pero falla y se echa a reír como una loca. Nos mira como si quisiera que nos riéramos con ella, pero nosotros seguimos mirando la cosa que ha salido volando por los aires antes de caer al suelo como un pájaro muerto. En la vida habíamos visto a nadie tirar comida, ni siquiera una cosa tan rara como ésa. Chipó parece estar a punto de salir corriendo para cogerla. La mujer hace muecas con la boca mientras termina de masticar y traga. Y yo trago también, como ella, y siento un hormigueo en la garganta.

¿Cuántos años tienes?, pregunta la mujer a Chipó, mirándole la barriga como si fuera la primera vez que ve a una embarazada.

Tiene once años, contesta Sabediós por Chipó. Nosotros tenemos diez, ella y yo, como si fuéramos mellizos, dice Sabediós, refiriéndose a él y a mí. Bastardo tiene once y Sbho tiene nueve. Y Stina no lo sabemos, porque no tiene partida de nacimiento.

Caramba, dice la mujer. Yo repito esa palabra para mí misma, caramba-caramba-caramba. Es la primera vez que la oigo. Intento imaginar lo que significa, pero enseguida me canso de estrujarme los sesos, y lo dejo correr.

¿Y tú cuántos años tienes?, le pregunta Sabediós. ¿Y de dónde eres? No puedo evitar pensar que Sabediós es un bocazas de cuidado y que un día se va a llevar una buena torta.

¿Yo? Pues tengo treinta y tres años y soy de Londres. Es la primera vez que vengo al país de mi padre, dice, y retuerce la cadena que lleva al cuello. Es una cadena dorada con un colgante que tiene la forma de África.

Yo sé cosas de Londres. Una vez comí unos caramelos de allí. Al principio eran dulces, pero luego, en la boca, se volvieron ácidos. El tío Vusa nos los mandó cuando llegó,

pero eso fue hace mucho tiempo. Ahora nunca envía nada, dice Sabediós. Y mira al cielo como si quisiera que apareciera un avión con caramelos de su tío.

Pero si sólo aparentas quince años, ¡pareces una niña!, añade Sabediós, dirigiéndose a la mujer. Después de eso, creo que ella le va a dar una torta, pero no lo hace, sólo sonrío, como si no se sintiera insultada.

Gracias. Acabo de terminar la dieta de Jesús, dice, satisfecha. Me la quedo mirando en plan: «¿Por qué tienes que dar las gracias?» Y también pienso: «¿Qué es una dieta de Jesús? ¿Y te refieres al Jesús auténtico, al hijo de Dios?»

Sé, por la expresión de sus caras y por su silencio, que todos piensan que la mujer es muy rara. Se pasa la mano por el pelo, que lleva enmarañado y hecho un desastre; si yo viviera en Budapest, me lavaría de arriba abajo todos los días y me peinaría muy bien para demostrar que soy una persona de verdad que vive en un sitio de verdad. Con esas greñas y así, al otro lado de la verja, con el candado y los barrotes, la mujer parece un animal enjaulado. Empiezo a pensar en qué haría si le diera por saltar la verja y venir por nosotros.

Chicos, ¿os importa si os hago una foto?, pregunta. No contestamos, porque no estamos acostumbrados a que los adultos nos pregunten nada; así que nos la quedamos mirando, a ella y a su melena desgreñada, la falda, que barre el suelo cuando anda, los hermosos pies que asoman por debajo, su África de oro, sus grandes ojos, la piel tersa, en la que ni una sola cicatriz demuestra que está viva, el pendiente que lleva en la nariz y la camiseta con la leyenda «SALVAR DARFUR».

Genial. A ver, poneos más cerca, nos pide.

Tú, el alto, ponte detrás. Y tú, sí, tú. Y tú mira aquí, no, tú, el del diente mellado, mírame, así, dice, asomando la mano por los barrotes, casi tocándonos.

Bien, bien, y ahora decid «patata», decid «patata, patata, pataaaaaata», nos anima la mujer, y todos decimos «patata». Yo en realidad no lo digo, porque estoy concentrada intentando recordar qué significa exactamente esa palabra,

aunque no lo consigo. Ayer mismo, Madre de Huesos nos contó la historia de *Dudu*, un pájaro que se puso a cantar una canción que acababa de aprender, pero cuya letra en realidad no entendía. Y entonces lo cazaron, lo mataron y lo guisaron para comérselo, porque resulta que era eso lo que pedía con su canción: que lo mataran y lo guisaran.

La mujer me señala, asiente y me pide que diga «patata», y yo le hago caso más que nada porque me sonrío como si me conociera muy bien, como si conociera incluso a mi madre. Al principio lo digo despacio, y luego digo «patata» y «patata», y venga «patata, pataaaaata» y todo el mundo dice «patata-patata-patata», como cantando a coro, y la cámara hace «clic, clic, clic». Y luego Stina, que casi nunca dice nada, coge y se marcha. La mujer deja de hacer fotos y le dice: Eh, ¿adónde vas?, pero Stina no se detiene, ni siquiera se da la vuelta para mirarla. Entonces Chipó echa a andar y lo sigue, y los demás hacemos lo mismo.

Dejamos allí a la mujer, haciendo fotos mientras nos alejamos. Bastardo se para en la esquina de Victoria y empieza a insultarla a gritos, y yo me acuerdo de la cosa esa que se comía y de que la ha tirado sin preguntarnos siquiera si nos apetecía probarla, y me pongo a gritar yo también y entonces los demás se unen a la bulla. Y gritamos y gritamos; queremos comernos lo que fuera que ella estaba comiéndose, queremos oír el rugido de nuestras voces, queremos que se nos pase el hambre. La mujer nos mira, perpleja, como si nunca hubiera visto gritar a nadie, y luego vuelve a toda prisa a la casa, pero nosotros seguimos ahí, gritando, hasta que notamos el sabor de la sangre en las gargantas irritadas.

Bastardo dice que, cuando seamos mayores, dejaremos de robar guayabas y empezaremos a robar cosas más grandes que están dentro de las casas. En realidad, a mí eso no me preocupa, porque cuando llegue el momento ni siquiera voy a estar aquí, sino que viviré en América con la tía Fostalina, comeré comida de verdad y haré otras cosas mejores que robar. Pero, por ahora, sólo pienso en las guayabas. Nos de-

cidimos por Robert Street, por una casa blanca tan enorme que parece una montaña. Tiene las ventanas muy grandes y objetos brillantes por todas partes, además de una piscina roja rodeada de sillas en el patio delantero. Todo es muy bonito, pero es ese tipo de «bonito» que sólo se mira y admira, y del que se dice «Oh, qué bonito», pero no un «bonito» en el que vivir.

Lo bueno es que la casa está muy muy metida en el jardín, mientras que nuestras guayabas están en la parte delantera, como si nos hubieran oído llegar y hubieran salido a saludarnos. No tardamos mucho en saltar la tapia, trepar al árbol y llenar las bolsas de plástico. Hoy estamos robando guayabas rojas, que son muy grandes, como el puño de un hombre furioso, y no se ponen amarillas al madurar como las guayabas normales, sino que se quedan verdes por fuera y rosa y esponjosas por dentro, y están tan ricas que ni siquiera sé cómo explicarlo.

Durante el camino de vuelta a Paraíso ya no corremos; caminamos tranquilamente, como si ahora Budapest fuera también nuestro país, como si lo hubiéramos construido nosotros mismos. Vamos comiéndonos las guayabas y escupimos las pieles por todas partes, para ensuciarlo. Nos paramos en la esquina de AU Street para que Chipó vomite; le pasa casi siempre cuando come. Hoy su vómito parece orina, sólo que más densa. Dejamos el vómito ahí, sin taparlo ni nada.

Algún día viviré aquí, en una casa como ésa, dice Sbho dando un mordisco a una guayaba y señalando una casa azul, que es muy grande y tiene una larga hilera de escalones y un montón de flores. Es una casa muy bonita, pero no más bonita que la casa en la que acabamos de robar las guayabas. La voz de Sbho suena como si lo dijera en serio, como si supiera de qué habla. La miro mientras mastica, con las mejillas hinchadas. Traga y pela con los dientes lo que queda de su guayaba.

¿Y cómo vas a conseguirlo?, pregunto.

Sbho escupe la piel y contesta, mirándome con esos ojos enormes:

Sé que será así y ya está.

Eso será en sus sueños, añade Bastardo como si se lo dijese al sol, y tira una guayaba contra la tapia de la casa de Sbho. La guayaba explota y mancha el muro. Doy un mordisco a una guayaba dulce. No me gusta masticar las semillas de las guayabas rojas porque están muy duras y se tarda mucho, así que las mastico sólo un poco y a veces me las trago enteras, aunque sé lo que ocurrirá más tarde, cuando me ponga en cuclillas.

¿Por qué has hecho eso? Sbho mira la tapia manchada de *su* casa y luego a Bastardo. La expresión de su cara se ha vuelto amenazadora, como la de una mujer de verdad.

Te pregunto que por qué has hecho eso. Es como si la voz de Sbho tuviera brasas dentro, como si Sbho estuviera a punto de hacerle algo a Bastardo, aunque en realidad no lo hará porque Bastardo es más grande y más fuerte que ella, y además es un chico. Ya le ha pegado antes a Sbho, y a mí, y a Chipó, y a Sabediós también. Nos ha pegado a todos menos a Stina.

Porque me da la gana, caraculo. Además, ¿a ti qué te importa?, dice Bastardo.

Acababa de decir que me gustaba esa casa, con lo que se supone que no deberías haber hecho algo así. ¿Por qué no has elegido una tapia que me diera igual? ¡Hay un montón de casas aquí!, protesta Sbho.

Ya, pero por mucho que te guste no es tuya, ¿verdad? Bastardo viste unos pantalones negros de chándal y una camiseta naranja muy gastada en la que pone «CORNELL». Se quita la camiseta y se la ata a la cabeza, y la verdad es que no sabría decir si está guapo o feo, ni si parece un hombre o una mujer. Se vuelve y se acerca hasta ponerse cara a cara con Sbho. Cada vez que se pelea con alguien lo obliga a que lo mire a los ojos.

Budapest no es un váter de kaka al que pueda entrar cualquiera así como así, no es como Paraíso. Nunca vivirás aquí, le suelta.

Me casaré con un hombre de Budapest que me sacará de Paraíso. Me sacará de las chabolas, de Heavenway, del Fambeki y de todo lo demás, dice Sbho.

Jajaja. ¿De verdad crees que un hombre va a querer casarse contigo con todos los dientes que te faltan? Vamos, si ni siquiera yo me casaría contigo, le dice Sabediós, gritando por encima de su hombro huesudo. Chipó, Stina y él van delante de nosotros. Me quedo mirando los pantalones cortos de Sabediós, rotos por detrás, y las nalgas que asoman como extraños ojos por la sucia tela blanca.

¡No estoy hablando contigo, culo roto!, le grita Sbho a Sabediós. Además, me volverán a salir los dientes. ¡Mi madre dice que estaré aún más guapa!

Sabediós mueve la mano como diciendo «bah», porque no puede contradecirla. Hasta las piedras saben que Sbho es guapa, más guapa que todos nosotros, más guapa que todos los niños de Paraíso. Más de una vez nos hemos negado a jugar con ella si no dejaba de repetirlo. ¡Como si no lo superáramos!

Pues bueno, me da igual, yo sí que pienso largarme de este país de kaka. Y ganaré un montón de dinero y volveré, y me compraré una casa aquí mismo, en Budapest. O mejor todavía, muchas casas: una en Budapest, otra en Los Ángeles, otra en París. Donde me dé la gana, asegura Bastardo.

Cuando íbamos al colegio, mi maestro, el señor Gono, decía que para ganar dinero es necesario tener estudios, dice Stina, y se detiene para mirar a Bastardo a la cara. Así que ¿cómo se supone que vas a conseguirlo ahora que ya no vamos al colegio?, añade. Stina no habla mucho, así que cuando abre la boca todos sabemos que es para decir algo importante.

No me hace falta ninguna kaka de escuela para ganar dinero, dientes de cabra, contesta Bastardo.

Acerca mucho la cara a la de Stina, como si fuera a arrancarle la nariz de un mordisco. Stina podría pelearse con Bastardo si quisiera, pero en lugar de eso lo mira como si Bastardo le aburriera y sigue comiéndose su guayaba. Luego echa a andar deprisa y se aleja de nosotros.

Pues yo me voy a ir a América a vivir con mi tía Fostalina, y además muy pronto, ya lo veréis, digo, alzando la voz para que todos puedan oírme. Empiezo a comerme otra guayaba; está tan dulce que me la termino en tres bocados. Ni siquiera me molesto en masticar las semillas.

América está muy lejos, enana, dice Bastardo. Yo no pienso largarme a ningún sitio al que se tenga que ir por el aire. ¿Y si, cuando llegas, resulta que es una kaka y ya no puedes volver? Yo me iré a Jo'burg, y así, si las cosas se ponen feas, cojo el camino de vuelta, echo a andar y ya está. Si vas a algún sitio, tienes que poder volver por ti mismo.

Me lo quedo mirando mientras pienso cómo contestarle. Noto que se me ha metido una semilla de guayaba entre la encía y la última muela. Intento sacarla con la lengua, pero al final utilizo el dedo, que sabe a cerumen.

Sí, América está muy lejos. ¿Y si le pasa algo al avión cuando estés dentro?

¿Y los terroristas?, añade Sabediós, que está de acuerdo con Bastardo.

Pienso que el cara plana y culo roto de Sabediós ha dicho eso sólo para complacer al caraculo de Bastardo. Le pego un bocado a otra guayaba, y lanzo a Sabediós una mirada que habla por sí misma.

Me da igual, pienso irme de todas formas, contesto, y echo a andar deprisa para alcanzar a Chipó y Stina, porque sé cómo acabará la conversación si Sabediós y Bastardo se ponen de acuerdo para atacarme.

Vale, pues márchate a América a trabajar en un asilo. Eso es lo que está haciendo tu tía Fostalina ahora mismo. En este mismo momento, está limpiándole la caca a algún viejo arrugado que no puede limpiarse el culo solo. ¿Crees



que no lo sabemos?, grita Bastardo a mi espalda, pero yo sigo andando.

Estoy pensando que, si fuera más fuerte, me daría la vuelta y le pegaría a Bastardo por decir esas cosas de mi tía Fostalina y de mi querida América. Le daría una bofetada, y un cabezazo en esa frente enorme que tiene, y luego le pegaría un puñetazo en la boca y tendría que escupir los dientes. Le daría golpes y más golpes en la tripa hasta que vomitara todas las guayabas que se ha comido. Lo tiraría al suelo, le clavaría la rodilla en la espalda, le doblaría las manos por detrás y luego tiraría de su cabeza hasta que suplicara por su miserable vida. Eso es lo que me gustaría hacer, pero lo que hago en realidad es seguir andando. Sé que dice esas cosas sólo porque tiene envidia. Porque no tiene a nadie en América. Porque la tía Fostalina no es su tía. Porque él es Bastardo y yo soy Darling.

Para cuando llegamos a Paraíso, las guayabas se han acabado y tenemos la tripa tan llena que casi no podemos andar. Nos paramos a defecar entre los matorrales porque hemos comido demasiado. Además, es mejor hacerlo antes de que oscurezca, porque entonces nadie quiere acompañarte. Y da miedo salir solo de noche, porque para llegar a los matorrales hay que pasar por Heavenway, que es el cementerio, y podría salirte un fantasma. Últimamente, los que saben de estas cosas dicen que el padre de Moisés, que murió el mes pasado, ronda por Paraíso algunas noches, y que lo han visto deambular por ahí con su camiseta amarilla del Fútbol Club Barcelona.

Cada uno busca un sitio, y yo me agacho detrás de una roca. Esto es lo peor de las guayabas, que si te comes las semillas, acabas estreñido. Y aunque nadie lo ha dicho, sé que todos volvemos a estar estreñidos. Lo sé porque nadie habla, y porque nadie se levanta y se marcha. Si comemos tantas guayabas es porque no tenemos otra forma de matar el

hambre, pero luego hay que defecar, y duele tanto que parece casi imposible; es como si intentaras parir un país.

Y así estamos todos, en cuclillas, cada uno en un sitio, y yo, dándome puñetazos en los muslos para ver si se me pasa un retortijón cuando, de pronto, se oye un grito. No es uno de esos gritos que pegas cuando aprietas demasiado y una semilla de guayaba te hace daño al salir, sino un grito de «¡venid a ver esto!», así que dejo de apretar, me subo las bragas y abandono la roca. Y un poco más allá, en cuclillas, me encuentro a Chipó, que además de gritar está señalando hacia los matorrales. Hasta que por fin lo vemos: es una cosa larga que cuelga de un árbol como si fuera una fruta rara. Y luego vemos que no es una cosa, sino una persona. Y luego vemos que no sólo es una persona, sino que, además, es una mujer.

¿Qué es eso?, susurra alguien. Pero nadie contesta, porque ahora todos vemos lo que es: una mujer flaca que cuelga de una cuerda verde atada a una rama alta del árbol. El sol rojo del atardecer se cuelga entre las hojas y lo tiñe todo de un color extraño. Es casi hermoso, porque hace brillar la piel clara de la mujer. Pero, sea como sea, da mucho miedo, y yo lo que quiero es salir corriendo, aunque no quiero hacerlo sola.

Los delgados brazos de la mujer cuelgan sin vida a los lados, y sus manos y sus pies señalan hacia el suelo. Todo está recto, como si alguien la hubiera dibujado ahí, como una línea que cuelga en el aire. Lo que más miedo da son los ojos, que son casi blancos y parece que se le vayan a salir de las órbitas. Tiene la boca muy abierta, formando una O, como si la hubieran interrumpido cuando estaba diciendo algo. Lleva puesto un vestido amarillo, y la hierba le roza la punta de los zapatos rojos. Nos quedamos ahí mirando, sin hacer nada.

Vámonos de aquí, dice Stina, y yo estoy lista para salir disparada.

¿No ves que se ha ahorcado y que ya está muerta? Bastardo tira una piedra que le da a la mujer en el muslo. Estoy convencida de que va a pasar algo, pero no ocurre nada. La

mujer no se mueve, sólo su vestido, que flota suavemente en la brisa, como si un angelito estuviera jugando con él.

¿Lo veis?, está muerta, dice Bastardo, con esa voz que pone cuando quiere recordarnos quién es el jefe.

Dios va a castigarte, le advierte Sabediós. Bastardo tira otra piedra y vuelve a darle en la pierna. La mujer sigue sin moverse, está ahí, colgada como una muñeca vieja. Estoy muerta de miedo; creo que me está mirando con el rabillo del ojo, blanco y saltón. Me está mirando y esperando a que haga algo, vete a saber qué.

Dios no vive aquí, idiota, contesta Bastardo. Y tira otra piedra, pero esta vez sólo roza el vestido amarillo; me alegro de que haya fallado.

Voy a decírselo a mi madre, anuncia Sbho, que parece estar a punto de ponerse a llorar. Stina echa a andar y Chippo, Sbho, Sabediós y yo lo seguimos. Bastardo se queda allí unos segundos más, pero cuando vuelvo la cabeza, veo que está justo detrás de nosotros. Sé que no es capaz de quedarse ahí, en el campo, él solo con una muerta, por más que quiera hacerse el valiente. Seguimos caminando hasta que Bastardo se planta delante de nosotros y nos obliga a pararnos.

Un momento, vamos a ver, ¿quién quiere comer pan de verdad?, dice con una sonrisa y apretándose la camiseta de Cornell que aún lleva atada a la cabeza. Le miro la herida del pecho, justo debajo del pezón izquierdo. Es de color rosado, como el interior de una guayaba.

¿Dónde hay pan?, pregunto.

A ver, ¿no os habéis dado cuenta de que los zapatos de esa mujer están casi nuevos? Si se los quitamos y los vendemos, podremos comprar un pan entero, o a lo mejor uno y medio.

Damos media vuelta y seguimos a Bastardo en dirección a los matorrales, seducidos por el aroma embriagador del pan. Primero apretamos el paso, luego empezamos a trotar, y al final vamos corriendo y riéndonos, riéndonos, como unos locos.